

Diego á Doña Juana de la Torre, y le participó, con lágrimas de indignacion, las injurias que tan inícuamente se habían inferido á su padre.

—Sed, señora, le dijo, su defensora cerca del magnánimo corazón de la reina. Yo no creo, yo no puedo creer que hayan dado los reyes esas órdenes tan crueles. Mi padre os ruega que pongáis en sus manos esta carta, en la que se refiere la verdad de cuanto ha sucedido y pide justicia.

—Descuidad, dijo doña Juana, que estaba conmovida é indignada, porque no podía imaginar que hubiese habido seres capaces de tratar de una manera tan inícuá á un hombre de los merecimientos de Colon.

Diego suplicó asimismo á la dama de la reina que solicitase para él y para su hermano la licencia de ir á abrazar á su padre, á resarcirle con su cariño de los horribles padecimientos que sufría.

—Volved á verme al anochecer, dijo doña Juana á Diego.

Al mismo tiempo que salían de Granada, con direccion á Cádiz, Inés y su hija, acompañadas de Isabel Monteagudo, entraba doña Juana de la Torre en la cámara de la reina y se preparaba á desempeñar la mision que le habia confiado el ilustre marino.

CAPITULO IV.

Reaccion.



o era doña Juana de la Torre, á pesar de vivir en la corte, una de esas cortesanas hábiles y discretas que, aprovechando las circunstancias, sacan partido de su posicion para realizar sus deseos.

Por el contrario, si así puede decirse, era el tipo de la mujer cristiana, nacida para ser modelo de esposas y de madres.

Aunque siempre le habia profesado la reina Isabel un gran afecto, puede decirse que hasta que perdió á su hijo el infante don Juan, no tuvo con ella verdadera intimidad.

Aquella desventura, que sorprendió á la reina en medio de su mayor esplendor, apartó su ánimo de las cosas mundanas, y satisfecha con la gloria que habia adquirido en el mundo, no aspiró desde entónces más que á fijar los ojos en el cielo, donde anhelaba hallar eco á los sentimientos de su alma.

Doña Juana se identificaba con ella.

Habia sido la segunda madre del infante don Juan, le habia dado su seno, no se habia separado de él ni en la infancia, ni en la pubertad, y la pobre madre se olvidaba gustosa de que era reina para hablar con doña Juana de su hijo, para recordar los detalles de aquella vida tan breve, y que tantas esperanzas é ilusiones se habia llevado del corazón de la reina al extinguirse.

Apartaba á la egregia Isabel de su esposo en aquella época

este continuo deseo de meditacion, este goce supremo que le proporcionaba el recuerdo de su hijo.

La ambicion de gloria, si no se habia extinguido, se habia debilitado en ella.

Pero como el rey cada dia experimentaba mayores deseos de engrandecer su poderío, sin que su mútuo afecto se amenguase, puede decirse que no existia entre ellos aquel acuerdo, aquella consonancia, aquel entusiasmo que en tiempos anteriores les habia hecho realizar tan asombrosos prodigios.

Cuando entró doña Juana en la estancia de la reina, la encontró triste y abatida.

—Llegas à tiempo, Juana, dijo la reina; estoy muy triste y deseaba verte.

—¿Estais triste señora?

—Sí.

—Me atreveré á preguntaros la causa, porque ya sabeis que no es curiosidad, sino cariño lo que me mueve á ser irreverente.

—Yo no tengo secretos para tí. Eres mi más leal amiga.

—Gracias, señora, pero calmaos y decidme vuestras penas.

—Hacia ya tiempo que no hablaba de los negocios de Estado con mi esposo. Hoy me ha indicado sus proyectos, y como le veo empeñarse en guerras, que en vez de aumentar la fortaleza de nuestro reino van á debilitarle, no puedo ménos de entristecerme.

—No os sucederia eso si viviera vuestro hijo.

—¡Ah! Es verdad, exclamó la reina: si viviera mi hijo tendria la esperanza de que al morir nosotros fructificarian las semillas que sembré siempre en su corazon. No sólo conservaria nuestra herencia, sino que la engrandeceria sin recurrir á las armas, sin sacrificar á sus vasallos en estériles luchas.

Doña Juana recordó á la reina algunos episodios de la vida

del infante don Juan, que ponian en evidencia los buenos sentimientos de que estaba animado.

La emocion hizo asomar algunas lágrimas á los ojos de la reina, y desahogando algun tanto la opresion de su pecho, pareció calmarse.

—¡Cuán buena sois, señora! le dijo doña Juana. No extrañeis que, convencida de los generosos sentimientos de vuestra alma, os pida en este instante una gracia.

—¿Tú, Juana? ¿Tú tienes que pedirme una gracia?

—Sí.

—Habla, mi buena amiga.

—Decidme ántes, señora: ¿habeis dudado alguna vez de la rectitud, de la honradez, del mérito de Cristóbal Colon?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Perdonad que insista. ¿No os merece la más completa confianza?

—Sí; es un leal servidor, un hombre cuya gloria pasará de siglo en siglo á la posteridad.

—Pero tiene enemigos.

—Ya lo sé: tiene enemigos que han explotado algunos de los errores en que ha incurrido para querer desprestigiarle á mis ojos; pero por la misma razon de que estoy segura de su lealtad, de su acierto, no he vacilado en unir mis poderes á los de mi esposo para nombrar á una persona imparcial que examine sus actos y ponga en claro su inocencia.

—¡Cuán ajena está vuestra majestad de lo que sucede!

—¿Pues qué pasa? preguntó la reina con el mayor interes.

—No lo creereis, señora.

—Habla, habla.

—El almirante ha llegado á Cádiz hace unos dias cargado de cadenas.

—No puede ser.

—Os digo la verdad.

—¿Cómo has sabido?...

—Uno de sus más leales servidores me ha traído una carta de su parte para que la haga llegar á vuestras manos.

—¿Luego es verdad?

—Sí, es verdad, tristemente verdad.

—Y esa carta....

—Si vuestra majestad me lo permite, la leeré, dijo doña Juana.

—Sí, sí, léela al punto; quiero saber por qué motivo le han tratado de ese modo.

—Oid y juzgad, dijo doña Juana, leyendo con solemnidad aquel escrito, que era una relacion fidedigna de todo lo que habia pasado en la colonia, de la conducta que habia observado con él Roldan, de su prision, y al mismo tiempo una copia que servia para justificarle á los ojos del mundo.

Algunas frases de este documento, que ha llegado á nosotros, completan el carácter de Colon.

«Las calumnias de hombres indignos, decia, me han hecho más daño que me han aprovechado en mis servicios.»

Y despues añadia:

«Tal es el nombre que he adquirido, que si fuera á edificar hospitales ó iglesias, las llamarian cavernas de ladrones.»

La carta terminaba de este modo:

«Se me juzgó como á un gobernador que ha sido enviado á una ciudad bien regulada, bajo el gobierno de bien establecidas leyes, donde no habia peligro de que todo se desordenase y arruinase.

«Pero la verdad es que se me debia juzgar como á un capitán enviado á someter gentes numerosas y hostiles, de costumbres y religion diferentes de las nuestras, y que no vivian en ciudades, sino en bosques y montañas.

«Se debia haber considerado que yo traje todas estas á la sujecion de sus majestades, dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España, hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente.

«Cualesquiera errores en que yo pueda haber caído, no fueron por cierto de mala intencion, y creo que darán crédito sus majestades á lo que digo.

«Yo los he visto misericordiosos con los que los han deservido de intento: así estoy penetrado de que tendrán más indulgencia conmigo, que he errado inocentemente, ó por compulsion, como sabrán más adelante, y espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia más visibles.»

La reina oyó con marcadas muestras de indignacion el contenido de aquel documento.

Su imaginacion le pintaba al almirante aprisionado, cargado de cadenas, afligido al pensar que pagaban los reyes sus servicios con la más negra ingratitud, y conmovida é indignada por el abuso que de sus poderes habia hecho Bobadilla, se prometió justificarle á los ojos del mundo, é indemnizarle de los agravios que habia sufrido.

No tardaron en confirmar los despachos que se recibieron en la corte desde Cádiz las noticias que doña Juana de la Torre habia dado á la reina.

El alcalde de Cádiz comunicó que se hallaba en su poder Colon y sus hermanos, á disposicion de sus majestades.

Doña Juana pidió á la reina que concediese licencia á los hijos de Colon para que fueran á abrazarle.

—No, no quiero que se separen de mí, la dijo; no quiero que vean á su padre en tan triste estado. Que esperen: no tardará en llegar, y solo asistirán á su triunfo, porque ahora más que nunca tengo empeño en desagraviarle.

La reina se presentó inmediatamente á su esposo.

La ocasion fué oportuna.

Don Fernando acababa de tener una conversacion con los embajadores de Portugal y de Inglaterra, que habia despertado en él de nuevo el deseo de sostener las conquistas verificadas en el Nuevo Mundo, y de ensancharlas para no ser ménos que Portugal y que Inglaterra.

En efecto; Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, naturalizado en Inglaterra, protegido por el rey Enrique VII, llegó al mar del Norte del Nuevo Mundo, costeó el Labrador, siguió al Sudoeste hasta las Floridas, y descubrió el continente de ese inmenso país que hoy se llama los Estados Unidos.

Este descubrimiento habia aumentado el prestigio de Inglaterra.

Al mismo tiempo el famoso Vasco de Gama habia doblado el Cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez de Cabral habia descubierto el Brasil, con lo cual el vecino reino de Portugal se habia engrandecido de una manera prodigiosa.

Todos estos sucesos, unidos á los descubrimientos que habian hecho por su cuenta, y con la proteccion de los reyes de España, Ojeda y Américo Vespucio, Pedro Alonso Niño, Vicente Yañez Pinzon, Diego López y Rodrigo Bastidas, hicieron que el rey don Fernando, que ya empezaba á mirar con desaliento los negocios de las Indias, se reanimase y escuchase á la reina con benevolencia, manifestando indignacion al saber el mal trato que se habia dado al almirante, á quien no podia ménos de reconocer que debia en aquella época de descubrimientos el prestigio que habia alcanzado por haber protegido al hombre que habia puesto el primero la planta en aquellos países codiciados por su inmensa riqueza.

La noticia de la prision del almirante no tardó en divul-

garse en la corte, y como sucede siempre, hasta los mismos que ántes le habian envidiado no pudieron ménos de indignarse, operándose una reaccion en favor del prisionero.

Antes de que llegasen los documentos que enviaba Fonseca, escribieron los reyes á Colon manifestándole el gran afecto que le profesaban, la gratitud que sentian hacia él, y el pesar profundo que habia causado en su ánimo la noticia de los ultrajes que habia recibido.

Rogábanle que se trasladase á Granada inmediatamente, y para que pudiera hacerlo con la debida pompa, ordenaron se le adelantasen dos mil ducados, encargando á las autoridades que le tratasen con las mayores atenciones.

Esta comunicacion fué dirigida á Colon sin conocimiento de Fonseca.

Sin embargo, supo la reaccion que se habia apoderado en favor del almirante, y aunque le desesperaba la idea de ver frustrados sus proyectos, comprendia que para que no recayese sobre él la responsabilidad de los actos cometidos por Bobadilla, le convenia influir cerca de los reyes en favor de Colon.

— Aplazaré la venganza, se dijo.

Y cuando tuvo en su poder las comunicaciones de Bobadilla, las presentó á los reyes, diciéndoles:

— Es imposible que sean ciertas las acusaciones en que ha fundado Bobadilla la prision del almirante y sus hermanos: ó se ha obcecado, ó los enemigos de Colon le han engañado villanamente.

Los reyes no quisieron leer aquel tejido de calumnias, y se aprestaron á recibir al almirante con las mayores muestras de respeto y cariño.

La noticia de su llegada con cadenas se divulgó por toda España, y la piedad, apoderándose de todos los corazones,

hizo que se adunasen todos los elementos para que à su paso por las ciudades y aldeas que tuvo que recorrer al trasladarse de Cádiz á Granada, le proporcionasen una ovacion sincera y entusiasta, en la que á los aplausos se mezclaban las lágrimas.

Pero ántes de seguirle á la corte, veamos lo que habia pasado en Cádiz desde su desembarco, cuando llegaron á su lado Inés y su hija con Isabel Monteagudo.

CAPITULO V.

Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuenta de otros sucesos interesantes.



A misma tarde en que llegaron las carabelas á la bahía de Cádiz, se trasladó á bordo de una de ellas un jóven que, segun anunció, deseaba hablar á solas con Villejo.

El capitan le recibió en su camarote.

—Vengo, le dijo, á haceros una súplica.

—Hablad.

—Debo muchos favores al almirante; he oido decir que se halla á bordo de uno de estos buques, y por añadidura encadenado, ¿es cierto?

—Desgraciadamente lo es.

—No me compete preguntaros la causa; pero es tanto el afecto que le profeso, que si no lo llevais á mal, os agradecería que le dieseis por prision mi casa miétras esté en Cádiz.

—Siendo tanto el afecto que sentís hácia él, yo me complaceria en acceder á vuestros deseos; pero las órdenes que he recibido son entregar el almirante y sus hermanos al corregidor de la ciudad, y tengo que cumplirlas.

—En ese caso perdonad la libertad que me he tomado dirigiéndome á vos. Voy á ver al corregidor, é insisto en suplicaros que apoyeis mi pretension.

El jóven volvió á tierra, habló á la autoridad, y obtuvo lo